



LA CAPILLA DE SANTA QUITERIA.

Unida á la misma iglesia del convento de la Concepcion Francisca de Toledo, existen en la actualidad los restos de una antiquísima y venerada capilla dedicada á Santa Quiteria, santuario que en otro tiempo fué de la mayor devocion en esta ciudad, y al que acudian sus moradores en varias necesidades.

Mil ficciones han escrito sobre esta santa los falsos cronicones, á quienes ciegamente siguieron Higuera, Ribar, Mora, Quintana, Dueñas, Tamayo y otros, inventando nuevas fábulas, que no merecen el menor crédito, siendo lo cierto que esta santa fué venerada en lo antiguo en el país de Vasconia ó Gascuña francesa y en la ciudad de Mons, en una iglesia muy frecuentada que tenia obispo particular, titulado abad de santa Quiteria. Es tradicion en aque-

llos puntos que en aquel lugar acació el martirio de la santa y que al cabo de mucho tiempo fué hallado y trasladado su cuerpo á un monasterio cercano, que llamaban de San Severo, donde permaneció hasta que los calvinistas le incendiaron y quemaron juntamente con aquellas reliquias, así como lo hicieron con otros cuerpos santos, pudiendo solo libertarse de tan sacrilega profanacion algunos fragmentos que hoy se conservan, con gran veneracion, en el seminario de Tolosa. Acerca de la época en que santa Quiteria padeció en el martirio, consta por antiguos manuscritos que fué en la Vasconia «prope civitatem adunensem» el 22 de Mayo del 471 de la era vulgar.

En España no era conocida esta santa segun lo confirma el origen y principio de la capilla de que

voy á hablar. Es tradicion singular, comprobada con antiguas relaciones que merecen alguna fé. Fué el caso que por los años de 1151 vivió en Toledo un noble y devoto ciudadano llamado Diego Garcia de Amusco, el cual por no jurar á Dios nuestro Señor, o á sus santos, tenia costumbre de hacerlo, diciendo á menudo «por vida de Santa Quiteria» creyendo de buena fé ser aquel nombre fantástico, y que tal santa no existia y perseverando en esta costumbre aconteció, que estando una noche solo y recogido en su lecho, se le apareció la santa Quiteria con gran resplandor y claridad; reprendiéndole ásperamente su atrevimiento y osadía, y preguntando él con gran temor

quién era, le contestó la santa, añadiendo que si por el mundo la buscase la hallaría, y dichas estas palabras desapareció la vision. Quedó el buen ciudadano muy triste y desconsolado por haber ofendido tantos años á tan gloriosa santa, y muy luego determinó y puso en práctica el buscar el sitio y lugar donde se la veneraba, no perdonando fatigas é incomodidades.

Algun francés hubo de indicarle alguna cosa en el discurso de su peregrinacion, pues luego al punto se dirigió el Amusco á Francia, y en la Vasconja supo circunstanciadamente toda la historia y memorias que allí existian de la santa, época de su vida



Vista del puente de S. Martín de Toledo.

y martirio, y aun es tradicion, que llegó hasta el mismo pueblo donde se conservaban reliquias suyas, y tornando luego á España, á penas llegó á Toledo en desagravio de lo que habia ofendido á Santa Quiteria, con su mala costumbre de jurar, mandó hacer á sus espensas la capilla, que hoy se vé unida al monasterio de la Concepcion Francisca, dedicándola á su culto, y en donde, así por los ruegos del dicho Garcia Amusco, como por los de otros fieles se obraron varios prodigios, por lo cual el mismo fundador ordenó que se hiciese anualmente en esa capilla la fiesta á la santa Virgen el 22 de Mayo, dia de su martirio, lo cual se vino practicando por muchos años á espensas de los patronos, y durante ella bendecian unos panecillos pequeños, que servían para curar el mal de rabia, acudiendo á ese fin muchos atacados de ese mal.

El Padre Quintana Dueñas, hablando de esta capilla dice tan solo que su primera ereccion fué en 1393 por un piadoso toledano llamado Pedro Fernandez, y su primera reedificacion en 1416 por Diego Garcia, notario apostólico. Refiere los milagros que hemos apuntado y hace además mencion de una procesion solemne que en el dia de la santa salía de la parroquia de San Marcos, dirigiéndose al

monasterio de Comendadoras de Santiago, llevando los cofrades canastas de panecillos benditos, que llamaban de Santa Quiteria, y que se repartian como remedio de muchas enfermedades, singularmente de las de rabia y calentura.

Pero segun los manuscritos y antiguas memorias que tenemos á la vista, consta que se reedificó y dió nuevo ser á esta capilla el 1527 por Enrique Alvarez, maestro en teologia, y que poco despues recayó su patronato en la noble y antigua familia de los Francos, muy conocida en Toledo por aquellos tiempos, y de la cual ni aun queda vestigio en estos.

Posteriormente, y sin saber por qué, desde mediados del siglo XVII, resfriando el culto, y cesando la frecuencia de acudir á esta capilla, vino á quedar en un total desamparo y casi olvidado, pues muchos que hablan de las cosas de esta ciudad, no hacen de ella la, mas pequeña mencion. Su material fábrica por las injurias del tiempo y abandono de los patronos, está en el estado mas deplorable. Tiene su entrada por la misma iglesia de la Concepcion Francisca. Su figura es octógona, con pilares góticos y labreadas aristas que se cruzan por la clave. Todo alrededor está circundada de horruccinas llenas de

foliage y calados, los mas preciosos y delicados.

Cada una de aquellas contiene un sepulcro compuesto de cama con su basamento y estatuas de mármol echadas, en cuyos ropages y rostros se advierte el gran conocimiento del artifice en esa clase de obras. Los mas de estos sepulcros, á causa de la humedad se han desmoronado, y los restos mortales de los patronos se hallan confundidos con los escombros de sus propias tumbas. Ni aun siquiera hubiera sido fácil averiguar quiénes eran los que habían escogido esta capilla para su última morada, á no haber sido por algunos epitafios que se han salvado hasta el presente del destrozo general.

En el sepulcro de la derecha, conforme se sale, hay esta inscripcion:

«Aquí yace el doctor Luis Belluga de Moncada, letrado insigne, por cuyas letras, prudencia y bondad fué muy amado de toda esta república. Falleció á 10 de Mayo de 1584. Y con él está sepultada Doña Guionna Bazquez Franca, su muger. Murió á 18 de Octubre de 1597.»

En el sepulcro inmediato hay este epitafio:

«Aquí está sepultado el doctor Pedro Bazquez Franco, clérigo, letrado, jurista insigne. Dejó dotada en esta capilla una capellania con carga de tres misas cada semana. Falleció en 14 de Abril de 1569.— Requiescat in pace. Amen.»

En un sepulcro de la izquierda está este otro:

«Aquí está sepultado el honrado caballero tesoroero Lorenzo Suarez Franco, con la señora Elvira Suarez, su muger. Quos amor conyuxit mors non dividit.»

Fallecieron en 9 de Setiembre de 1503.

Los demás sepulcros están mas destrozados y no conservan epitafio alguno, y aun quizá estos mismos que he referido se confundirán muy pronto, y tanto la memoria de los que yacen sepultados en tan insigne capilla, como la existencia de esta, quedarán solo consignados en las páginas de esta publicación.

NICOLAS MAGAN.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

VII.

LA VUELTA INESPERADA.

(Continuacion.)

La hora de la siesta sería cuando entraba por Setubal, viniendo de Landeira una magnífica cabalgata; el calor era excesivo y los caballeros llegaban cubiertos de sudor y con las armaduras tan empolvadas que apenas se distinguían sus colores. Las calles estaban desiertas, porque era la hora en que españoles y portugueses acostumbramos á reposar despues de comer; costumbre veneranda y santa que nuestros abuelos conservaban á todo trance, y de la que alguno hoy dia se averguenza, porque media docena de traficantes literarios, franceses é ingleses, ha toma-

do de ahí el estribillo para tacharnos de holgazanes; como si un dia de verano de nuestra tierra fuese lo mismo que en esos paises clásicos, de los carámbanos y ventisqueros donde ellos viven, y donde el sol de Mediodia pudiera sin gran dificultad venir á hacer entre nosotros las veces de luna de media noche. Lástima fué por cierto que la naturaleza antes de enseñarnos, con el quebrantamiento que sentimos despues de comer á dormir la siesta, no consultase á esos doctores de estrangis. Magnificas cosas habian de enseñarla. ¿Cómo no hemos de ser nosotros los habitantes de la Península unos brutos si hasta la naturaleza lo es en este rincón de Europa?

Mas es el caso que brutos ó no brutos, los honrados ciudadanos de Setubal dormian su siesta á pierna suelta á eso de las dos y media de la tarde de un jueves, que era el 22 de agosto del año 1484 de la redencion, á tiempo en que la magnífica cabalgata de que hemos hablado, vino á hacer alto en la puerta de palacio. Apenas hubo llegado, maese Blas, á quien Anton de Faria habia dispensado de que siguiera á la corte, y que en aquel momento tambien dormia (escusado es decirlo) se despertó sobresaltado con el estruendo de los caballos y el ruido de las espadas y espuelas, justamente en la ocasion en que aquella soberbia comitiva se apeaba. Como alguno de esos viajeros de estrañas tierras que vienen á dar una vuelta por nuestra Península, y que metidos en la berlina de una diligencia recorren las poblaciones del reino sin salir apenas del carruaje por miedo de coger una insolacion, y con esto juzgan ya conocer nos bastante para ir á escribir viciados sobre nuestros usos, costumbres, instituciones y carácter, así maese Blas, sin ponerse en pié, alargó la cabeza por una de las rendijas del tablado que separaba su aposento del atrio de palacio, miró el tropel, y logró divisar al rey que subia por la escalera, seguido de Anton de Faria, D. Pedro de Eza, Lope Mendez del Rio, y otros varios caballeros de la casa real. Causóle alguna admiracion esta inesperada vuelta, y entró en vivisimos deseos de saber el motivo de ella. Por fin, aunque con trabajo, y despues de espezarse dos ó tres veces, echóse de la cama abajo y salió á caza de novedades.

No halló empero, quien satisficiese su natural curiosidad; y trataba de salir fuera cuando al atravesar el umbral de la puerta principal de palacio se dió de hocicos con Diego Tinoco que entraba en aquel momento.

Diego Tinoco era un caballero honrado á quien el obispo de Evora, D. Garcia, habia seducido una hermana, moza garrida con la cual el muy reverendo prelado vivia escandalosamente. Injurado en su honra desde entonces el pobre caballero, habia jurado vengarse. No pudiendo atacar de frente al obispo poderoso por su dignidad y familia fingió desentenderse de aquella afrenta y trató falsa amistad con D. Garcia, esperando ocasion oportuna en que poder satisfacerse. No tardó esta en presentársele. Decididos los nobles á vengar la muerte del duque de Braganza, y á sostener las prerogativas de la nobleza que el rey D. Juan II habia casi destruido idearon asesinar á aquel principe como el mas seguro medio de realizar su propósito. Uno de los principales conspiradores, despues del duque de Viseo, era el ya citado obispo de Evora que fiado en la aparente amistad de Diego Tinoco se lo reveló todo. El ofendido caballero vió entonces la tan apetecida ocasion de satisfacer su odio: púsose de acuerdo con Anton de Faria y este le proporcionó ver al rey en el convento de S. Francisco de Setubal, disfrazado con unos hábitos de fraile. Allí debajo de aquellas solitarias bóvedas, oyó D. Juan II su sentencia de muerte, y tembló;—no por cobardia, sino porque se le figuraba oír continuamente la voz del duque de Braganza que le citaba para el tribunal de Dios. Vió que entre él y la nobleza existía una sangrienta valla que no sería allanada sino por la venganza: era preciso morir ó matar. Tomó su resolusion y agradeciendo á Tinoco el servicio que acababa de prestarle, hizole promesas de grandes mercedes y exigió de él que guardase el mas profundo silencio acerca del asunto

y que no volviese á hablarle, hasta el día en que fuese llamado á su presencia.

Este día era precisamente el que maese Blas le encontró á la entrada de palacio. El rey le acababa de llamar.

—Buenas tardes, señor Tinoco; díjole el barbero después de un cortés saludo. Vos por palacio! Ha mil años que por acá no os veo.

—Maese, contestó Diego Tinoco, voy á ver al rey que me ha mandado llamar.

—Y no sabreis decirme por qué su alteza ha vuelto tan repentinamente de Alcacer, cuando nadie le esperaba?

—No sé; mas lo que puedo deciros es que llamar-me él á estas horas es presagio de grandes novedades. Y diciendo esto Diego Tinoco echó á correr por las escaleras arriba sin aguardar mas observaciones.

—Presagio de grandes novedades?—murmuró el barbero entre dientes. Habráse visto el presumido! Mas le valiera cuidar de su hermana, amancebada con un clérigo, traidor á su príncipe segun por ahí se dice á boca llena!... Ya sabe el rey lo que se hace cuando le llama! Tendré que encargarle de alguna carta para Doña Ana! Oh! lo que es buen tercero.....

Un ruido de piezas de armadura chocando unas con otras hizo volver la cabeza al barbero, y le dejó cortado en medio de su soliloquio. Era Fernán Martins que bajaba á buen paso por las escaleras. Así que llegó al átrio, llamó á un soldado viejo de los ginetes del rey.

Ven acá, Mendalsonso: toma este pliego, monta á caballo y sal á escape para Palmela, en donde hallarás al duque de Visco, que se marchó de aquí esta

mañana: no te detengas un minuto en entregar la carta, porque el rey quiere verle y hablarle mañana en este mismo palacio.

El soldado tomó el pliego, montó en su corcel y salió á rienda suelta por el camino de Palmela.

Señor Fernán Martins! Señor Fernán Martins! gritó un paje desde lo alto de la escalera. Su alteza os llama á su aposento.

Y el capitán de guardias subió otra vez apresuradamente.

Válgate Dios con tanto llamar! gritó el barbero que ya se llevaba la mano al birrete para saludar á Fernán Martins, y tenía la boca entreabierta para trabar conversacion con él. Parece que el rey tiene miedo de estar solo. Si sigue esto así, hasta yo creo que voy á ser llamado. Pues no habia de dejarlos descontentos.

Diciendo esto salió de allí y se encaminó á paso largo hácia la plaza mayor, que en aquellos felices tiempos servia para lo propio que hoy sirven los cafés, villares, casinos y galerías de las Cortes; para matar en ellas el tiempo los ociosos. Mas no bien hubo entrado en la plaza maese Blas, se quedó pasmado y tuvo que venir á encerrarse en su aposento. No vió en toda ella alma viviente. La plaza estaba desierta.

Parecia que la suerte se complacia en atormentar á maese Blas. Un hombre tan llano y sociable casi nunca hallaba quien quisiese disfrutar de su humano trato.

(Concluirá.)

ISIDORO GIL.



EL BOA CONSTRICTIVO.

Se da el nombre de Boa á varias especies de serpientes grandes de la América del Sur. El constrictivo se llama así porque tiene la facultad de enlazar su presa de modo que no la deja ninguna esperanza de salvacion. Enroscado al tronco de un árbol aguarda á que se le presente una víctima, bien sea una cabra ó una gacela; cuando la vé próxima al árbol, la serpiente rápida como el rayo se lanza sobre ella se

enlaza muchas veces al rededor de su cuerpo y la oprime con tal fuerza que logra quebrarla los huesos, entonces se desarrolla lentamente y dá principio á su banquete. No pierde el tiempo en hacer trozos la víctima ni en masticarla, sino que se traga el cuerpo entero. La elasticidad de su piel la permite engullirle.

A falta de animales corpulentos tiene que contentarse con pájaros y monos. El modo que tienen de comer su presa ha sido descrito por varios testigos de

esta escena curiosa. La serpiente comprime y da expansión alternativamente á los pliegues de su piel y asegurada de que no queda en la víctima ni un resto de vida, empieza á lamer el cuerpo entero, cubriéndole de una sustancia glutinosa hasta hacer de él una masa informe. Despues de esta larga ceremonia el Boa abre sus largas mandíbulas y se dispone á usufructar de su conquista.

Da principio por la cabeza, si la víctima es de la especie de los ciervos ó de las cabras no encuentra obstáculo en tragarla hasta llegar á los cuernos, pero esta dificultad no detiene tampoco al Boa. Merced á la construcción de sus quijadas. Toman tal extensión que acaban por entrar los cuernos enteros. Pueden hasta observarse los progresos que hace el cuerpo en el estómago de el animal, por las puntas de los cuernos que parecen próximas á romper la piel de la serpiente. La digestión de un volumen semejante exige por lo comun algunas semanas. En este tiempo las señales de los cuernos desaparecen gradualmente, hasta que llegan á hacerse invisibles, y la piel estirada y natural recobra su forma y dimension habituales. Durante la digestión pierde toda su fuerza y apenas puede moverse. Si los indios le encuentran en este estado le atacan y le matan sin el menor peligro. El Boa no tiene defensa venenosa como otras serpientes solo es temible por sus extraordinarias fuerzas.

EL TRANSEUNTE.

Qué es el *transeunte*? Hé aquí la primera pregunta que me dirigiéreis, queridos lectores, al leer el epígrafe de este artículo.

El *transeunte* es un cualquiera que pasa por una calle ó por un camino.

Es uno que no se sabe á donde vá.

Un hombre á quien se conoce no es un *transeunte*.

Por eso no hay *transeuntes* mas que en los caminos ó en las grandes ciudades. En las villas y en las aldeas no los hay mas que para los forasteros; porque en estos pueblos todos saben quien es el que pasa á su lado.

Los *transeuntes* son hombres que se encuentran, que se cruzan entre sí, y que, á no codearse, pasan unos al lado de otros, sin ochar de ver siquiera que se han encontrado.

El *transeunte* es un *quidam* que está solo y permanece solo en medio de la multitud, que no se cuida de nadie y á todos es indiferente, sin razon, ¡oh lectores! porque, quien sabe lo que puede ser un *transeunte*?

—Tal vez es un rival que está esperando vuestra querida.

—Acaso un enemigo que va á robaros vuestra fortuna y vuestra dicha.

—Quizá un protector que os depara el cielo y que conoceréis algun día.

—Hoy os es indiferente; mañana le amarás tal vez, querida lectora; y tú, lector, detente, porque acaso tenga tu suerte en sus manos.

Buscáis amigos, esposos, amantes; buscáis en fin lo que os hace falta; por qué no habeis de encontrarlo en ese *transeunte*?

En Madrid es donde pueden hacerse mas conjeturas acerca de un *transeunte*. Como en la calle, en nada se distingue un hombre de otro, un *transeunte* puede ser para otro ministro ó actor, príncipe ó diputado, embajador ó propietario, segun le plazca. Y así como la belleza de una muger amada está siempre en los ojos de su amante, así tambien las cualidades de un *transeunte* están en los ojos del que le examina.

El *transeunte* es, pues, un ser relativo que por sí mismo no es mas que un transeunte y que no adquiere ningun valor, si no es encontrado y juzgado por otro.

Esto supuesto, veamos lo que significa un *transeunte* para el resto de las gentes.

PARA LAS MUJERES.

—La fea halla en él un buen mozo.

—La bonita un admirador mas de su belleza.

—La coqueta un estímulo para desplegar sus gracias.

—La soltera un amante.

—La casada un amigo que pervierte á su esposo.

—La viuda un sustituto del difunto.

—La del gran tono un objeto de crítica.

—La aristócrata un *cualquiera*.

—La cortesana un hombre.

—La rica un *pelambro*.

—La jóven un figurín bueno ó malo, antiguo ó de moda.

—La vieja un chicuelo.

—La del mundo un objeto de seducción.

PARA LOS HOMBRES.

—El orgulloso vé en un *transeunte* un *nadie*.

—El hombre ocupado que va á sus negocios un obstáculo material.

—El que está de mal humor un enemigo.

—El forastero un objeto de curiosidad.

—El desgraciado un hombre feliz.

—El enamorado un indiferente mas.

—El observador una observacion.

—El filósofo un objeto de lástima.

—El avaro un ladrón.

—El pobre un rico.

—El conspirador un espía.

—El culpable un peligro.

—El borracho un amigo.

—El envidioso un rival.

El reino del *transeunte* es la calle; luego que ha desaparecido, este reino está desierto; se apoderan de él la soledad y el silencio, y no quedan del *transeunte* mas que las huellas de sus pasos.

Así sucede con el hombre respecto de la tierra; qué resta de él luego que ha pasado? Polvo y gusanos; hé aquí sus huellas.

Peró tanto en la calle como en la tierra, aun cuando nada deje el hombre despues que ha pasado, siempre es algo cuando pasa.

Por lo demás, al considerar á los *transeuntes* por una calle ó un camino; al ver tantos contrastes como se encuentran y se cruzan sin tocarse siquiera; el gozo al lado de la miseria, la risa con el llanto, el vicio junto á la virtud, el opresor cabe su víctima;

al mirar esa mezcla sin objeto, de sentimientos, de intereses y de movimientos, unos mejores y peores otros, pero todos opuestos; ese flujo y reflujo monótono de hombres que, al parecer, no llevan otra idea que la que encierran estas palabras: «Quitale de ahí para que yo pase.» cualquiera creería que el egoísmo es su único móvil, y no vería en aquella multitud más que individuos, no sociedad. Pero felizmente no es así; hay horas solemnes en que se reúnen esos miembros esparcidos, en que hallan un

centro común esas fuerzas poco antes aisladas, en que se agrupan esas unidades tan separadas, y echan de ver que forman un número. Entonces se enlazan las manos, los pechos se juntan, los corazones se tocan; y donde pocos momentos antes no habíais visto más que *transeuntes*, contempláis ya un pueblo formidable, un gran pueblo capaz de acometer las mayores acciones y de llevar á cabo las empresas más árdidas.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

POESIA.

LA VIDA EN LA ESPERANZA.

VII.

(Continuación.)

Estas líneas contaba
el billete cariñoso,
que en su cuarto silencioso
leyó frenética Ester.

«A Dios, virgen solitaria,
«á mis amores esquivar!
«A Dios!.. El alma cautiva
«sus lazos hoy va á romper!

«Quiero morir, virgen mía;
«tu olvido mi tumba ha abierto;
«mi corazón has cubierto
«de amargura y de dolor!
«Tu ingrato desden me ha herido,
«como el hierro de una lanza:
«Mi VIDA ERA MI ESPERANZA!
«ya no hay ninguna en mi amor!

«A Dios! Al primer crepúsculo
«á algun torreón te asoma,
«inmaculada paloma
«en cuyos ojos viví:
«Miró á la cumbre del monte,
«verás de su ruda breña,
«un hombre que se despeña,
«para espirar ante tí.

«Tu desden me da la muerte.
«Tú eres ay! mi Ester querida,
«vida dulce de mi vida,
«alma de mi tierno amor!
«A Dios: me atrae la tumba!
«Mi vida era mi esperanza!
«Muera el triste que no alcanza
«ni esperanza de dolor.»

«Dios mío! exclamó la jóven,
mesándose la melena,
de su garganta moreta
esparcida en derredor.

Como las ramas de un sauce
que con su ramaje leve
cubren las hojas de nieve
de un cándido lirio en flor:

Dios mío! Enrique! Oh! imposible!
Mi amor... mi amor no te mata!
Mas siendo á su afán ingrata,
su asesina luego á ser?
Comprendo yo sus delirios:
si al que Ester amase un día,
no la amase; ah moriría!
Sí, se moriría Ester!

El amor yo te concibo,
llama impetuosa, ardiente,
que consume lentamente
las alas del corazón;

Creo que es un sentimiento
que á las almas esclaviza,
y que las vuelve ceniza
si se estinguen sus pasiones.

Yo presiento que se viva
con la luz de una esperanza;
y que el pecho que la alcanza
se consuele, aun con sufrir:

Y así, oculta mi conciencia
cruelmente me recuerda.
Quien te á la esperanza pierde
no tiene más que morir!

Yo inocente, he alimentado
sus puros, tiernos amores;
causa fui de sus dolores,
causa de su muerte soy!

No es mi corazón de piedra,
donde no se filtre el llanto;
resisto... pero no tanto!
Vencida en la lucha estoy.

Aun en mis lábios percibo
de sus ayes el perfume;
aun mis entrañas consume
de su lágrima el volcán.

Lloró mi Enrique, al dejarme
en estas santas moradas;
y me miró: ay! sus miradas
rasgándome el alma están!

Infeliz! se despedía
para una ausencia, ya eterna;
en esa mirada tierna
me dejaba el corazón!
Yo le asesino, inhumana!
Qué horror!.. Ya la luz asoma
por Oriente! Allí la loma
del monte! Oh Dios!.. compasión!

Subiré bárbara y fiera,
por religioso egoísmo,
del lago hasta el hondo abismo
á ver su cuerpo rodar?

O indiferente, é impía
invocaré á Dios, de hinojos,
mientras los yertos despojos
las hondas hagan flotar?

No: loca estoy!.. Yo asesina,
del que por salvarme, diera
mil vidas, si mil tuviera?
No; yo moriré por él!
Perdona, ó Dios, si los ojos
me han deslumbrado de ese hombre
mi flaqueza no te asombre;
hoy te abandono por él.

Qué arriesgo? Una inútil vida
llena de intensos martirios!
Alguna vez los delirios
quiero sentir del placer!
Tengo un corazón de fuego,
sólo para amar nacido;

loca el alma, y sin sentido;
de amor quiero enloquecer!

Fuerza es que el cielo consienta
ya que su ley no lo mande,
una pasión que es tan grande,
en tan flaco corazón.

Que el cielo no me abandone;
mas si me deja perdida,
quien por mí pierde alma y vida,
bien compra mi perdición.»

Ester calló, y en sus ojos,
pálidas, tristes estrellas,
secó las lágrimas bellas
de su tormento cruel;

Y con mano mal segura
y lápiz mal perfilado,
á su Enrique idolatrado
al punto escribió un papel.

«De mi pasión comprimida
«hoy rompo el hondo misterio:
«aborrezco el monasterio:
«si mueres, quiero morir.
«Perdona mi amante exceso;
«dispuesta me encuentro á todo;
«Enrique, dispon el modo
«de que tú quieras vivir.»

Descendió Ester á la huerta;
llamó con voz indecisa,
y entre el rumor de la brisa
oyó aun de Enrique la voz.

Le arrojó el tierno billete
con amorosa impaciencia,
y huyendo de su conciencia,
de allí se alejó veloz.

Muy pocas noches pasaron,
y una de ventisca y piedra,
por la tapia, entre la hiedra,
una escala se afirmó;

Trepó un galán, y en sus brazos,
velada en su capa oscura,
á la hechicera hermosura
del monasterio robó.

Lo que las monjas dijeron,
y las gentes comentaron
mil cuentos tristes forjaron;
mas todo se olvida al fin.

Ester, en tanto, y Enrique,
en un corcel poderoso,
hallaban puerto dichoso
en el portugués confin.

Tres años han transcurrido.
Trasládense mis lectores
de la pintoresca Helvécia
al pié de los blancos montes,
y verán de un hondo abismo

junto los ríscos bordes,
las derruidas paredes
de una amarillenta torre.

Aquel solitario asilo,
en su oscuro centro esconde
para dos tiernos amantes
un paraíso de amores.
Torrente espumoso, y roncó
de chocar contra los robles,
que á la blanca torre ofrecen
muro firme con un bosque,
derrama de sus corrientes,
los caudales mugideros,
en derredor de las ruinas
que forman eco á sus voces.
Los árboles la cobijan
bajo un toldo de verdoros,
y á las miradas la ocultan
de los envidiosos hombres.
En aquel retiro umbroso,
solo resuenan acordes
los murmullos del torrente,
de las brisas los rumores,
los murmullos de las aves,
y los impalpables sonos
de esa grandiosa armonía
que los espacios recorre,
con indefinibles ruidos
poblando los horizontes,
cuando el crepúsculo nace,
ó en las horas de la noche,
cuando desgarran su cáliz
las apasionadas flores,
para recoger los besos
de las auras en sus broches!
Estruendos que se conciben,
aunque en realidad no se oyen;
hechizos, que se adivinan
por las almas superiores!

Gozando delicias tantas
en su soledad conformes,
Ester y Enrique vivían
como la hiedra y el roble;
tan enlazadas sus almas,
que ya ninguno conoce
cuál de los dos, en su pecho
las guarda con ansia noble.
Ester sabe dió la suya
al apasionado jóven;
y éste, que sin alma vive,
porque en su amada la pone.
Y entrambos, que es imposible
que la muerte airada corte
de su amor el lazo estrecho,
porque en un punto se rompen
con una herida dos almas,
y en uno dos corazones!

Recuerdos tristes y eternos
eran duros torcedores
que amargaban las dulzuras
de sus amorosos goces:
que, aunque mil besos ardientes
las huellas de llanto borren,
son tristes flores del alma
del llanto de amor las flores!
Enrique está pensativo,
pues, al fin, no desconoce
que allí se encierra un tesoro
entre unas ruinas informes.
Y noble y fiel se lastima
de que aquella flor agoste,
y entre desiertas montañas
la quemén los aquilones.
Y nunca encuentra consuelo
en sus agudos dolores,
porque vé que ha mancillado,
para que su sien corone,
la perla mas peregrina;
y que es fuerza se desdore
la joya de mas vislumbres
que un vil engaste se adorne.

Ni puede llamarla suya,
ni puede dárla otro nombre
que ángel del cielo, caldo,
y á quien Dios no r conoce!
Y en vano sueña en sus brazos
que su pobre Ester recobre
el paraíso perdido,
que no son dioses los hombres!
Ester que le vé agitado,
y en hondas meditaciones
pasar las horas, y en vela
las mas altas de la noche;
sospecha que ya causado
de sus caricias, le roe
tarbio remordimiento;
y hastiado al fin le supone.
Y de repente en el alma,
como de un puñal el golpe
cree sentir, y de la herida
oculta su sangre corre;
y lentamente desnaya
su corazón, que, hasta entonces,
de Enrique en los dulces ojos
soñó el amor de los dioses.
Nublados ya para ella
luceros tan brilladores,
de su infortunio en las sombras
el alma de Ester hundióse.
Y como un búcaro blanco
de porcelana, que absorbe
en su centro luz rojiza,
reflejando sus fulgores;
y que si la luz se apaga,
se vé el barro oscuro y pobre,
así Ester sin el destello
de su amor ardiente y noble,
que, como llama invisible,
en su seno alimentóse,
dejó de trasparentar
de su sien en los colores,
la felicidad completa
de sus dichosas pasiones;
y poco á poco estinguida
la llama, al fin apagóse,
mostrando que era ceniza
la beldad de aquella jóven.
Ester moribunda se halla
en ese nido de flores,
coronada de azucenas:
y á sus pies, sombrío, inmóvil
el tierno Enrique, que tarde
su muerte cierta conoce!
Para terminar la historia,
escuchemos las razones
que cambiaron los amantes,
de aquel sepulcro en el borde.
—Ester mia! Tú morir?
—Te voy Enrique á perder.
Por eso llevo á sentir
mi muerte!
—Y yo, cómo, Ester,
podré sin tu amor vivir?
—Adorarás mis despojos.
—Pienso me hablas con enojos!
Ángel de mi amor, qué tienes?
—Que me matan los desdenes!
—Qué las dicho, luz de mis ojos?
—Que te hallo mudo y sombrío,
desvelado, macilento!
Que á Ester miras con hastio,
y que te acosa tardío
horrible remordimiento!
—De amarte? De amarte, yo
arrepentirme? Oh! jamás!
Nunca el alma te adoró
con tal delirio; ya no...
no sé idolatrarte mas!
—Enrique!, Es cierto. Ah, mi bien!
Clava tu frente en mi sien:
un beso de despedida!
Triste volará á otro Edem

el serafín de tu vida!

Porque tanto te adoró,
con tal seguridad te quiso,
que por tí á Dios olvidó:
por el suyo, no doy yo
de tu amor el paraíso!

—Desgarras mi corazón!
—Sí; de ingrato te culpé;
de hombre era tu condición:
confieso que me engañé,
y hoy me mata mi pasión!

—Oh! Si el dolor te asesina
de haberme juzgado ingrato,
vé que un error te fascina:
óyeme, Ester peregrina,
ó despedido fue malo.

Qué era el mundo para mí,
antes de que hallase en tí
el arcángel de mi amor?
Negro páramo de horror
en donde errante viví!

Te amé, por presentimiento,
virgen mia idolatrada:
y fuiste en mi pensamiento
el sol de mi entendimiento,
aunque en imagen pintada.

Volé á tus ojos, y en ellos
soñé los vivos destellos
que Dios tendrá en su pupila;
y quedó abrasada en ellos
el alma, pero tranquila.

Tu hechizo seguí adorando:
tu puro amor bendiciendo:
me aparté de tí, llorando,
y al ir á morir... volando
viniste á mi amor, rriendo!

Sed de tu amor me devora,
insaciable, abrasadora,
mas vehemente cada vez;
que no se apaga la sed
que alimenta el que te adora!

En un lecho de azucenas,
para acariciar tus penas
con guirnaldas de jazmines,
orné tus sienes serenas,
que adoran los serafines.

Con los besos de mi amor,
te dormías arrullada,
sobre el cáliz de la flor;
y al despertar encantada,
soñabas aun con su olor.

No acaben tantos dulzores,
si no es que por seductores
ya tu corazón quebrantan;
ó que las dichas te espantan
que te ofrecen mis amores!

—Lo que me espanta es morir,
tanto amor llegando á oír;
soñando tanto placer!
Ay! tú, Enrique, has de vivir!
—Mi vida es tu vida, Ester!

Si es tan grande mi dolor,
fuerza es que el dolor me venza!
Con qué he pagado tu amor?
Ni te di nombre, ni honor!
Lo que te di, fué... vergüenza!

Por mí del mundo has huido,
y en un desierto has vivido!
Por mí te has sacrificado!
A tu honor me has preferido!
Y á Dios por mí has olvidado!

Por eso triste viví,
porque tanto te delí,
y con mengua te pagué!
Y en torpe et no manché
la perla de amor que vé.

Calla! La fé te sublima
de tus nobles sentimientos.
Es cierto; el que adora estima!
Mas, mi conciencia me anima
en mis últimos momentos.

Ni nombre, ni honor me diste
pero tierno acariciaste
el alma en flor; la erigiste
en la tuya un templo triste,
y allí, fiel, la idolatraste!

¿Que he vivido en un desierto?
Fué un paraíso de amores,
siempre de flores cubierto;
que en tus ojos siempre hay flores!
¿Ves tus lágrimas? No es cierto?
El mundo? El mundo? es verdad:
él respeta la impudencia,
y acata la liviandad,
y autoriza la licencia
cubierta entre falsedad.

Y aun adulador, prodiga
de su lisonja el arrullo
al fausto, al oro, á la intriga;
que al mundo á callar obliga
la insolencia y el orgullo.

De ese mundo la acritud,
la emponzoñada violencia,
hiere en cambio á la virtud;
y afrenta en la juventud,
las culpas de la inocencia!

Y á un deslíz, que del amor
cause la fidelidad,
y que aun decore el pudor,
y defienda la humildad,
llama *infamia! y deshonra!*

Oh! Sí, de ese mundo he buido,
Enrique, y no me arrepiñó!
¿Qué vale lo que he perdido?
Doy cuanto en él he vivido
de tu amor por un momento!

Ay! Si mil veces viviera,
mil veces del mundo buyera;
porque este amor no afrentara:
pues si mil vidas tuviera,
las mil te sacrificar!

Quando á una pobre muger
amor á tu alma toca,
como á tu sensible Ester,
sabe hasta el alma perder,
por un beso de tu boca!

Ay! Al cielo causa enojos
de mi mente el desvario;
solo á él me postro de hinojos:
y á él y á tí, dulce bien mio
levanto mis muertos ojos!

Solo al que vió mi flaqueza
y no me dió fortaleza
contra esta infeliz pasión
doble humilde mi cabeza,
é inclino mi corazón.

Al mundo no, le desdeno;
con risa y desden profundo,
miro su aplauso y su ceño.
En Dios mi esperanza fundo
Me llama al eterno sueño!

No hay mancilla, deshonra,
vergüenza ó falso pudor
contra una pasión inmensa.
No hay contra el amor defensa
si es verdadero el amor!

A Dios... ya está consumida
esta antorcha de mi vida
que alimentaba tu amor:
no pudiendo ser mayor
se me desgarró la herida!

A Dios! Perdoneme el cielo...
Enrique!... perdon los dos!!!
Y muerta cayó en el suelo,
murmurando aun con anhelo
su trémulo lábio «A Dios.»

Bien á comprender se alcanza
de Enrique el martirio horrible!
Desgarró su alma una lanza!
Aun vive!... Aun está muriendo!
«No hay vida sin esperanza!»

G. ROMERO LABRAÑAGA,



El señor Rubi acaba de alcanzar un nuevo triunfo con la representación del drama titulado *La trenza de sus cabellos*. Al brillante éxito de esta nueva producción del aplaudido autor de *Borrascas del corazón*, han contribuido de consuno el mérito de la obra, y el primer actor y primera actriz del teatro del Príncipe, superando con su talento las dificultades de los papeles que están á su cargo, hasta un punto verdaderamente maravilloso. El drama tiene un argumento sencillo y delicado; es una tragedia del corazón, una historia interesante y dolorosa que conmueve y arrebató al espectador: la pureza y severidad de estilo, y la multitud de ideas llenas de ternura y gracia de que se halla sembrado, contribuyen á aumentar su atractivo y encanto. Débiles fueran cuantos elogios hiciéramos de la señora Díez y el señor Romea, especialmente de la primera, cuyos acentos llenos de ternura penetraron hasta lo mas profundo del alma. Los demás actores contribuyeron también á la brillante acogida del drama, pues hasta los mas desgraciados estuvieron tolerables, al menos la primera noche. El autor fué llamado á la escena al final de los actos tercero y cuarto.

Esto no obstante, es de lamentar que el señor Rubi abuse de su talento para componer dramas por apuesta en un plazo corto, pues necesariamente tienen que resentirse de la precipitación con que están escritos, y no pueden llevar el sello de perfección que debe exigirse del aplaudido autor de *La rueda de la fortuna*.

En el teatro de la Cruz se ha estrenado un drama arreglado á nuestra escuela, que abunda en es-

cents de interés y que mereció repetidos aplausos: su título es: *La Reina Margarita*.

El papel que usamos en este número, es el que constantemente emplearemos en el SEMANARIO, pues á la ventaja de mayor blancura reúne la de prestarse perfectamente á la estampación de láminas como fabricado que ha sido espresamente para este objeto y á la medida del periódico, de modo que al encuadernarlo le queden las márgenes de un libro.

Los señores suscritores que adviertan retraso, ó faltas en la distribución de los números, harán un señalado servicio á la empresa advirtiéndolas á las oficinas del periódico, calle de Jacometrezo, número 25, cuarto segundo, de nueve á una.

No será atendida en Madrid ninguna reclamación pasados seis dias despues de repartido el número que se pida.

El precio de las entregas sueltas es un real para los suscritores y cuatro para los que no lo sean.

Ha comenzado á publicarse un periódico dedicado á la defensa de las artes y á abogar por la creación de un Museo histórico nacional.

MADRID.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monter, Mateu, Ibanez, Caspr y Bois Barola, Fouquet, Villa y la Publicidad, litografía de Badilla, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 25, cuarto segundo.